

# DR. MANUEL BAEZA RODRÍGUEZ



Foto: Departamento de Sociología

---

Esta reseña se elaboró a partir de entrevistas realizadas al profesor Manuel Baeza durante el segundo semestre del año 2025, complementadas con información documentada sobre su trayectoria académica en la Universidad de Concepción.

# ÍNDICE

- 01 Sociología profunda, imaginarios sociales y vida universitaria
- 02 Despertar político y humanismo radical
- 03 La sociología de las religiones
- 04 Regreso a Chile y encuentro con la UdeC
- 05 Los imaginarios sociales
- 06 La UdeC como imaginario y como experiencia vital
- 07 Profesor emérito y la botella al mar
- 08 Una vida entre la reflexión y el compromiso

# SOCIOLOGÍA

# 01 PROFUNDA, IMAGINARIOS SOCIALES Y VIDA UNIVERSITARIA

## **Un hombre que “nació dos veces”**

Manuel Antonio Baeza suele decir que nació dos veces. La primera, su nacimiento biológico, ocurrió en la comuna de San Miguel, en Santiago, en el seno de una familia que pronto se fragmentaría. Ese origen biológico, como él mismo señala, es “el menos importante”. El nacimiento que realmente cuenta – el que él llama su “nacimiento a la conciencia”– no tuvo lugar en Santiago, sino en Valparaíso.

En esa distinción aparentemente simple, se condensa una clave de lectura de toda su vida y de su pensamiento: para Baeza, no basta con “estar” en el mundo; lo decisivo es despertar al mundo, tomar conciencia de que uno está vivo, de que habita un entorno cargado de significados. Ese despertar, que él sitúa probablemente alrededor de los dos o tres años, ocurre en la ciudad puerto, en la geografía

vertical, colorida y, a ratos, caótica de Valparaíso.

Allí, en los cerros y ascensores, en las escaleras, la bruma, los olores de cocina, en las voces de la casa y la calle, se construye el primer entramado de afectos y significados que marcarán su vida. Por eso, aunque en su partida de nacimiento diga San Miguel, él insistirá en que su verdadero nacimiento es porteño.

## **Una infancia porteña: afectos, cocina y “palomilla”**

Su infancia transcurre en un núcleo familiar pequeño, compuesto por su madre, Alicia Rodríguez, su abuela materna, María Doraliza, y una mujer chilota que “venía prácticamente todos los días” a ayudar en la casa y que se integró afectivamente como un miembro más de la familia. En su relato ella aparece como una presencia entrañable, a la que todos nombraban cariñosamente como “la Tato”.

La configuración familiar tiene, desde temprano, un rasgo muy nítido: se trata de un hogar marcadamente femenino. Sus padres se separan, y él crece sin una figura masculina de autoridad estable. Recuerda vagamente cuándo vio a su padre por primera vez, pero esa relación aparece desdibujada frente a la centralidad de la madre, de la abuela y de la Tato.

Desde ese lugar, se va tejiendo una infancia en la que el cuidado, la ternura silenciosa y también cierto grado de libertad lo acompañan. Él mismo reconoce que, en ese entorno, empieza a aparecer también el “palomilla” que llevaba dentro: el niño inquieto, desordenado, algo travieso, que sale a la calle, que se mezcla con los amigos y que por lo demás, no tiene una figura masculina vigilante que lo esté controlando a cada paso.

Un espacio simbólico clave en sus recuerdos es la cocina, territorio compartido entre su abuela y la Tato. Ahí confluían los olores, las conversaciones, los ritmos de la casa. Y quizás obedeciendo a una costumbre ya más bien antigua, y justamente porque era el lugar del trabajo doméstico, a él le estaba prohibido entrar.

Esa restricción, vista en retrospectiva, adquiere casi el valor de una metáfora: el niño que mira desde afuera un espacio donde se producen cosas, sin poder participar del todo, pero reteniendo olores, imágenes, voces, gestos. Una escena íntima de observación del mundo.

La figura de su abuela, María Doraliza, ocupa un lugar central en este relato. Proveniente de la región de Coquimbo, fue ella quien, con infinita paciencia, lo inició en el mundo de las letras: cuando Manuel entra a la escuela, ya sabía leer y escribir gracias a su abuela. Esa transmisión temprana de la lengua escrita, hecha en la intimidad doméstica y no como una obligación escolar, configura quizás el primer vínculo con el conocimiento como algo cercano, afectivo, que se comparte, más que como imposición.

Valparaíso actúa, entonces, no sólo como escenario geográfico, sino como escenario emocional y simbólico: un barrio típico, el ascensor Reina Victoria, las vistas hacia la iglesia luterana en el Cerro Concepción, el antiguo Colegio Alemán (la Deutsche Schule) cercano, las escaleras y callejones

donde el niño “palomilla” se mueve entre amigos, juegos y pequeños riesgos. Todo eso va sedimentando una experiencia del mundo cargada de sensibilidad social y curiosidad.

### **Escuela, colegio de curas y el descubrimiento de la sociabilidad**

En el plano escolar, Baeza recuerda que no fue un alumno “brillante” en todo, pero sí tuvo inclinaciones muy definidas:

-Le gustaban especialmente el castellano, la historia, la biología y los idiomas extranjeros.

-Le interesaban mucho menos la química, las matemáticas y los trabajos manuales.

Durante buena parte de su formación inicial estudió en un colegio de curas, un espacio donde predominaba una cultura católica con ritos, normas y códigos propios de aquellas instituciones. Sin embargo, esa inmersión religiosa no se tradujo en una adhesión devota. Al contrario, aparece en sus recuerdos cierta resistencia a los disciplinamientos externos: evitar ir a misa, no querer confesarse, usar siempre alguna excusa para eludir las prácticas obligatorias.

En algún momento, los sacerdotes llegaron incluso a preguntar a su madre si él tendría “vocación sacerdotal”, probablemente porque lo percibían como un buen alumno, disciplinado en lo académico. Su respuesta interior fue nítida: no. La sola idea de esa vía le resultaba incongruente con su carácter y con su incomodidad frente a ciertas formas de obediencia impuesta.

Más tarde, daría el paso a la enseñanza media y ahí se produce una transición que él mismo describe como empezar a “ponerse más vivo”: el adolescente que se abre más al mundo, que asume una dimensión política y que va afinando su mirada crítica y su capacidad de observación de las injusticias.

En paralelo, algo decisivo empieza a consolidarse: una marcada sociabilidad. En retrospectiva, se piensa a sí mismo como alguien muy abierto a sus pares, atento al mundo de los amigos, del barrio, de las conversaciones. En la adolescencia, esa sociabilidad se convierte en un rasgo constitutivo de su identidad: es un joven que se preocupa por lo que le pasa al otro, que se conmueve ante el sufrimiento ajeno, que se siente interpelado por la pobreza, la desigualdad, la exclusión.

Ahí, en ese cruce entre prácticas cotidianas, vida de barrio, experiencias escolares y primeros roces con la política, empieza a tomar forma lo que más tarde llamará su “sentimiento humanista”: la convicción profunda de que “la especie humana vale la pena” y que no es posible permanecer indiferente ante el sufrimiento, la pobreza y la explotación.

# 02 DESPERTAR POLÍTICO Y HUMANISMO RADICAL

El despertar político de Manuel Antonio Baeza no se produce en el vacío, sino anclado en un contexto socio-histórico intensísimo. Él mismo recuerda una cifra clave: en 1970, cuando se elige a Salvador Allende, él tiene 20 años. Es decir, su juventud coincide con uno de los momentos más álgidos de la historia política chilena del siglo XX.

Hacia los 16–17 años, se integra a las organizaciones juveniles de los partidos tradicionales, en particular a la Juventud Demócrata Cristiana. Su formación cultural, marcada por el cristianismo (lo escolar, lo familiar), se proyecta en una opción política que, en ese momento, aparecía como un espacio de cierta reforma y decidido compromiso social.

Sin embargo, los acontecimientos del período –la efervescencia política, las discusiones ideológicas, las tensiones entre proyectos de país– lo llevan a un proceso más radical.

Entre 1970 y 1971, decide abandonar la Juventud Demócrata Cristiana y participar en la cofundación de la Izquierda Cristiana, un espacio que intenta combinar la inspiración cristiana con un compromiso transformador más profundo, cercano a las corrientes revolucionarias y a la teología de la liberación.

En este contexto, sus lecturas se transforman. La novela cede lugar a textos que alimentan una reflexión política más densa:

-Camilo Torres, sacerdote colombiano y figura emblemática de la opción por los pobres.

-Los grandes nombres de la teología de la liberación: Leonardo Boff, Gustavo Gutiérrez, Enrique Dussel, entre otros.

-Las teorías de la dependencia, que interpelan el lugar de América Latina en el sistema mundial.

-Las corrientes críticas que intentan interpretar las estructuras de opresión y desigualdad desde una perspectiva histórico-estructural.

En medio de esa vorágine, su humanismo se “impregna” –como dirá más tarde– de una tonalidad nueva: se convierte en un “humanismo radical”. Ya no se trata sólo de sentir compasión por el sufrimiento del otro, sino de interrogar las condiciones sociales e históricas que lo producen, de comprometerse con proyectos colectivos que buscan transformar esas condiciones.

La experiencia política, lejos de ser una etapa pasajera, se integrará a su posterior reflexión sociológica como un componente clave. Desde entonces, Baeza no dejará de pensar la relación entre subjetividad, creencias, moral y acción política.



# 03 LA SOCIOLOGÍA DE LAS RELIGIONES

---

## **Francia, la Sorbonne Nouvelle y la sociología de las religiones**

Las circunstancias socio-políticas chilenas lo llevan a radicarse en Francia, específicamente París. Los años siguientes lo verían ampliar su formación académica. Profundiza primero en la antropología, llegando a obtener un magíster, y luego se orienta claramente hacia la sociología. En este recorrido, se abrirá una experiencia que marcará profundamente su mirada durante su estancia en Francia: la Université Sorbonne Nouvelle – Paris 3, específicamente el Institut des Hautes Études de l’Amérique Latine (Instituto de Altos Estudios de América Latina).

En París, Baeza se encuentra con una comunidad latinoamericana en el exilio académico: compañeros argentinos, uruguayos, bolivianos, peruanos, haitianos, entre otros. Todos atraviesan, de diferentes maneras, las consecuencias de las dictaduras militares, las crisis políticas, las transiciones inciertas en sus países. Vivir América Latina desde la distancia, en ese entorno universitario francés, le permite ver la región con otros ojos. Es allí donde formará una idea que luego repetirá en distintos contextos: la “identidad latinoamericana” sería, más que una realidad consolidada, un “imaginario pendiente”. ¿Dónde practicamos realmente el latinoamericanismo?, se pregunta. Ni en la política, ni en el fútbol, ni en las instituciones regionales parece concretarse una experiencia cotidiana de integración. Hay, sí, raíces compartidas, herencias coloniales similares, lenguas cercanas; pero falta un proyecto simbólico y práctico que recoja y articule esa común pertenencia.

En el plano académico, en París decide que su foco será la Sociología de las Religiones. Cuando plantea el tema de su tesis doctoral, su profesor guía le propone algo básico: antes de definir, debe hacer un estado del arte. Baeza va a la biblioteca y revisa la literatura sobre religiones en América Latina y otros contextos. Lo que encuentra le genera cierta incomodidad.

Gran parte de los estudios siguen una lógica “de arriba hacia abajo”, es decir:

- Se analizan las iglesias (católica, protestantes, sinagoga) como instituciones.

- Se describen prácticas oficiales, vocaciones sacerdotales, asistencia a misa o culto, estadísticas de participación.

- Se examinan las doctrinas y las organizaciones religiosas como bloques relativamente cerrados.

Él se da cuenta de que no quiere repetir ese camino. No le interesa “ponerse a la cola” de lo ya hecho. Quiere, en cambio, invertir la mirada: propone entonces, mirar la religión “desde abajo hacia arriba”. Es decir, partir no del sistema eclesiástico, sino de las creencias de la gente.

Cuando le plantea esto a su profesor, recibe una advertencia: lo que pretende abrir es una “caja de Pandora”. Si empieza a interrogar las creencias, las supersticiones, las mezclas individuales de fe, etc., se va a enfrentar a un volumen de información enorme, no clasificado y no susceptible de ser encajado en las tipologías tradicionales. La respuesta de Baeza es clara: está dispuesto a correr el riesgo.

Su tesis se centrará en la cultura popular religiosa urbana, realizando su trabajo de campo en Valparaíso, y





se preguntará en qué creen las personas, en qué dejaron de creer, qué combinaciones de elementos religiosos, mágicos, espirituales, esotéricos, etc., configuran sus universos simbólicos cotidianos.

De ese trabajo surgirá la construcción de cinco “tipos reales” de creencias – no meros tipos ideales, sino categorías construidas a partir de discursos concretos–, distinguiendo entre orientaciones intramundanas (las que esperan el cumplimiento de promesas en este mundo) y extramundanas (las que desplazan el sentido a un más allá, al “otro mundo” o a un tiempo final). Ese hallazgo le permitirá anticipar algo que hoy resulta evidente: la creciente fragmentación de las creencias en las sociedades contemporáneas.

Mas tarde dirá que ya no se trata de pertenecer de modo homogéneo a una religión, sino que cada vez se parece más a circular por una especie de “mercado de la fe”, en el que una persona puede, perfectamente, creer a la vez en la Virgen María, en el horóscopo, en las piedras magnéticas, en ciertas nociones budistas, en terapias alternativas y en algún rito heredado de la familia. Un mosaico de creencias que escapa a las clasificaciones rígidas.

# 04 REGRESO A CHILE Y ENCUENTRO CON LA UDEC

---

Tras su período de estudios y trabajo académico en Francia, Baeza regresa a Chile a inicios de los años 90. Vuelve a Valparaíso a realizar trabajo de campo para su tesis, y vuelve también a un país que se encuentra en plena transición postdictadura, con debates intensos sobre memoria, justicia, democracia y modelos de desarrollo.

En 1991, aproximadamente, realiza seis meses de trabajo de terreno en Valparaíso para su investigación. A mediados de la década, se abrirá una etapa que será decisiva para su vida profesional y personal: su incorporación a la Universidad de Concepción (UdeC).

En 1996, llega a la UdeC. Su vínculo previo con la ciudad de Concepción era mínimo: tenía una fotografía tomada en su extrema juventud bajo el arco de la Facultad de Medicina, recuerdo de un viaje de paso, sin imaginar que, años después, esa misma universidad sería el centro de su vida académica.

El impacto de la llegada a Concepción y a la UdeC es profundo. Baeza descubre una relación simbiótica entre la universidad y la ciudad: el campus no es un enclave aislado, sino un espacio que se continúa incluso urbanísticamente si se quiere, con la diagonal y la Plaza Perú, abriéndose así a la abre a la urbe, en un dialogo con ella.



Campus UdeC Concepción



Esa continuidad urbanística y simbólica le permite ver en la UdeC mucha más que una institución: la percibe como una épica ciudadana, el resultado de una ciudad que, a inicios del siglo XX, se movilizó contra los designios centralistas de la capital para crear su propia universidad.

Esa historia fundacional, que muchas veces ha sido narrada como un gesto de autonomía regional, refuerza su identificación con la institución. Con el tiempo, el porteño que llegó casi de casualidad a Concepción se autodeclarará con orgullo un “neo penquista”, expresión que condensa el vínculo afectivo y simbólico que ha establecido con la ciudad y la universidad.

### **La pedagogía como descubrimiento: aprender enseñando**

Cuando se incorpora a la UdeC, Baeza confiesa que no se veía a sí mismo, en primera instancia, como docente. Había concebido la sociología como un modo de acumulación personal de capital cultural, un camino de exploración intelectual más que una vocación pedagógica. Sin embargo, la realidad de las aulas, los cursos, los seminarios, la interacción con estudiantes de sociología, antropología y otras disciplinas, lo conducen a una experiencia inesperada.

La docencia se convierte, con los años, en uno de los núcleos más significativos de su vida universitaria. Baeza descubre, en la práctica, que el corazón de la pedagogía está en la comunicación:

- En la capacidad de establecer un circuito cercano con quienes escuchan,
- En el esfuerzo por traducir contenidos complejos a un lenguaje accesible,
- En la empatía con las dudas, resistencias, entusiasmos y temores del estudiantado.

Subraya, además, un principio que considera fundamental: el profesor no lo sabe todo. Aceptar esa limitación no lo debilita; por el contrario, abre la posibilidad de un ejercicio de co-aprendizaje, donde enseñar y aprender ocurren simultáneamente. En la interacción con los alumnos, en las preguntas inesperadas, en las objeciones, en los ejemplos que ellos traen desde sus propias experiencias, se renuevan los contenidos y se profundizan las reflexiones.

A través de esa práctica, Baeza “crece como docente”, pero también como investigador y como pensador. Sus cursos –sobre teoría sociológica, fundamentos filosóficos de la investigación, imaginarios sociales, debate sociológico del siglo XIX, entre otros– se convierten en espacios donde la sociología no se presenta como un conjunto de doctrinas cerradas, sino como un ejercicio permanente de interrogación de la realidad, de los supuestos, de las palabras que usamos para nombrar el mundo.



Dr. Manuel Baeza Rodríguez/ Depto. Sociología

# 05 LOS IMAGINARIOS SOCIALES

---

## **Una sociología de profundidad**

Si hay un concepto que atraviesa y articula buena parte de la obra de Manuel Antonio Baeza, es el de imaginarios sociales. En su formulación, el punto de partida es sencillo y radical a la vez: el mundo no es mundo sino de manera significada.

Dicho de otro modo, no nos relacionamos con la realidad como si fuera un objeto neutro, transparente. Todo lo que llamamos “mundo” está mediado por nuestras subjetividades: por la forma en que interpretamos lo que vemos, por los significados que asociamos a los fenómenos, por las narrativas con que los explicamos.

En esta perspectiva, la relación no es sólo entre un “yo interior” y un “mundo externo”. Hay una tensión constante entre lo de dentro y lo de fuera, una relación dialéctica en la que la subjetividad se nutre de experiencias compartidas,

de discursos, de símbolos circulantes. Aquí es donde entra en juego lo social: no vivimos aislados, sino en contacto, en comunicación, en interacción permanente.

Los imaginarios sociales, entonces, son aquellos esquemas de significación que se forman en ese entramado de relaciones intersubjetivas. No son ideas sueltas flotando en el aire, sino configuraciones relativamente estables de sentidos, que orientan cómo vemos la naturaleza, la sociedad, la historia, la política, el cuerpo, el tiempo, el futuro, el pasado.

Baeza sostiene que, para entender a fondo las sociedades contemporáneas, no basta con describir comportamientos observables. Se requiere lo que él llama una “sociología profunda”: una sociología que no se contente con los datos de superficie,

que investigue los fundamentos de la acción, que se pregunte por el sentido subjetivo que orienta las conductas individuales y colectivas.

En esta clave, fenómenos como los estallidos sociales, los cambios políticos abruptos, los movimientos religiosos inesperados, los repliegues conservadores o auges de movimientos feministas no pueden comprenderse sólo con cifras y encuestas. Es necesario descender a esos “movimientos telúricos” que se producen abajo, en el subsuelo de las creencias, temores, esperanzas y resentimientos.

Un ejemplo de ello y presente en sus reflexiones podría ser el caso de Irán: durante años, los sistemas de inteligencia y análisis internacionales consideraban al país como uno de los más estables de Medio Oriente. Sin embargo, bajo esa aparente estabilidad se estaba gestando un fervor religioso, un integrismo musulmán, que finalmente emergió con fuerza. Para Baeza, ese tipo de procesos muestra los límites de las miradas superficiales y la necesidad de una sociología que viaje a las profundidades de la subjetividad y la intersubjetividad.

## **De la moral teocéntrica a la moral “vivocéntrica”**

En sus trabajos más recientes, Baeza ha desarrollado una reflexión sobre la historia de la moral occidental, proponiendo una lectura que distingue al menos tres grandes etapas:

### 1. Moral teocéntrica (Antigüedad tardía – Edad Media):

-Dios ocupa el centro.

-La acción humana se orienta principalmente por principios y mandatos que se derivan de una instancia trascendente.

-La norma moral se legitima por su anclaje en lo divino.

### 2. Moral antropocéntrica (Modernidad):

-Con la modernidad, el ser humano pasa a estar en el centro.

-La razón humana, la autonomía, la capacidad de auto-legislarse se vuelven criterios fundamentales.

-La moral se construye en torno a la dignidad humana, los derechos, el contrato social.

### 3. Moral vivocéntrica (Contemporaneidad emergente):

-Hoy, sostiene Baeza, asistimos al surgimiento de una nueva sensibilidad en la que el centro ya no es sólo Dios o el ser humano, sino la vida en todas sus formas.

-Las crisis ecológicas, el cambio climático, los riesgos tecnológicos, las amenazas “pre-apocalípticas” hacen evidente que la pretensión humana de estar en el centro del universo es abusiva.

-Empieza a tomar forma una moral “vivocéntrica”, donde lo que se busca proteger y priorizar es el conjunto de todos los seres vivos, los ecosistemas, la continuidad de la vida misma.

Esta propuesta no es sólo una categorización abstracta; es también una invitación a pensar los conflictos contemporáneos –desde la devastación ambiental hasta las desigualdades extremas– como expresiones de tensiones entre diferentes imaginarios morales. En ese marco, la sociología de los imaginarios se convierte en una herramienta para comprender hacia dónde podrían orientarse futuros cambios éticos y políticos.

# 06 LA UDEC COMO IMAGINARIO Y COMO EXPERIENCIA VITAL

Más allá de sus aportes teóricos, la relación de Manuel Antonio Baeza con la Universidad de Concepción tiene una dimensión profundamente emocional. Él no se limita a describir la institución desde afuera; la vive desde adentro como un espacio de sentido, como un lugar que encarna un imaginario social muy particular.

En su mirada, la UdeC es el resultado de una gesta colectiva: una ciudad completa que, en las primeras décadas del siglo XX, se moviliza para fundar su propia universidad. En ese gesto hay un desafío a la centralización santiaguina, una afirmación de autonomía regional, una voluntad de dotar al Biobío y al sur de un polo de desarrollo científico, cultural y ciudadano.

y con el respaldo formal de la universidad para realizar sus estudios de posgrado. Reasumió sus funciones el 2 de enero de 1974, con la intención inicial de reincorporarse de manera gradual a la vida académica. Sin embargo, ese retorno estuvo lejos de ser tranquilo.

Relata con nitidez el momento de su llegada a la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Su primer gesto fue dirigirse a saludar al director de la Escuela de Derecho de la época, René Vergara. En el atrio de la Facultad se encontró inesperadamente con el profesor Mario Jarpa Fernández, entonces director del Departamento de Derecho Económico. Sin mediar mayor explicación, Jarpa lo tomó del brazo y lo condujo directamente a

la oficina del director, anunciando: “Aquí llegó, aquí llegó, hasta luego”.

Ese gesto abrupto condensaba una situación compleja. Tras el quiebre institucional, el Departamento de Derecho Económico había quedado bajo una dirección impuesta en un contexto de fuertes tensiones internas. Varios académicos habían sido exonerados y el clima universitario se encontraba profundamente dañado. La comunidad del departamento había acordado, sin consultarlo previamente, que Parra asumiera la dirección como una figura capaz de generar confianza y restablecer vínculos.

La reacción inicial de Parra fue de cautela. Solicita un plazo de veinticuatro horas para conversar con sus colegas y comprender la situación. Solo después de confirmar que su nombramiento respondía efectivamente al deseo colectivo del departamento, aceptó asumir la dirección.

Ese primer período como director estuvo marcado por gestos que reflejan su manera de entender la vida universitaria.

Esa historia se materializa en el campus, en su diseño abierto, en la continuidad con la ciudad a través de la Diagonal, la Plaza Perú y la conexión con los barrios circundantes. No se trata sólo de edificios; se trata de un “diálogo urbanístico” entre universidad y ciudad que, para Baeza, simboliza el vínculo permanente entre saber y ciudadanía.

Cuando habla del “sello UdeC”, Baeza vuelve a la consigna “Por el desarrollo libre del espíritu”. Allí ve condensada una promesa que, en su opinión, la universidad ha sabido honrar:

- un espacio donde el pensamiento no tiene trabas,
- donde la imaginación puede divagar sin censura,
- donde se promueve un ambiente de libertad académica y crítica.

Al mismo tiempo, advierte que este sello no es una conquista definitiva, sino un bien susceptible a la fragilidad, que hay que saber preservar: mantener la libertad de pensamiento como valor central es un desafío constante.

En lo personal, Baeza reconoce que su vida en la UdeC ha sido una de las experiencias más completas y ricas de su trayectoria académica. El diálogo con la ciudad, con los estudiantes, con colegas, con el entorno cultural y social de Concepción, ha configurado un paisaje vital al que se siente profundamente ligado. Por eso puede decir, con toda legitimidad, que es un “neo penquista”: alguien que, viniendo de Valparaíso, ha encontrado en la capital del Biobío un hogar intelectual y afectivo.

# 07 PROFESOR EMÉRITO Y LA BOTELLA AL MAR

A lo largo de su carrera académica, Manuel Antonio Baeza ha ido recibiendo diversos reconocimientos que dan cuenta de su aporte a las ciencias sociales y a la universidad. Entre ellos destacan tres que él mismo subraya:

-Haber alcanzado la categoría de Profesor Titular, coronando un proceso de evaluación de su trayectoria en docencia, investigación y vinculación con el medio.

-Ser admitido en la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales (Capítulo Concepción), espacio de reflexión multidisciplinaria que reúne a destacadas figuras del ámbito intelectual.

-Ser distinguido como primer Profesor Emérito de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Concepción, título que considera el mayor honor de su vida académica.

Sin embargo, cuando se le pregunta por el legado que quisiera dejar, su respuesta no se concentra en los títulos, sino en las ideas.

Le gustaría que el trabajo en torno a los imaginarios sociales dejara una huella perdurable: que su forma de entender la sociología como exploración de significados, como indagación en la subjetividad y la intersubjetividad, continúe inspirando investigaciones, tesis, debates, nuevas preguntas.

Para ilustrar esta aspiración, recurre a una imagen sencilla y poderosa: se ve a sí mismo como un náufrago en una isla que escribe un mensaje, lo guarda en una botella y la lanza al mar. “Aquí está el G6 –dice, aludiendo a su grupo de trabajo sobre imaginarios–, trabajo sobre imaginarios sociales, venga a verme”.

No sabe quién encontrará esa botella, ni cuándo, ni qué hará con el mensaje. Pero confía en que, en algún momento, alguien la recogerá, la abrirá, leerá su contenido y quizás lo transformará, lo llevará más lejos, lo adaptará a otros contextos. Esa imagen condensa una forma de entender la creación académica como acto de generosidad y apertura: poner algo en circulación para que otros lo reinterpreten.



Reconocimiento como Profesor Emérito / Foto: Dircom

# 08 UNA VIDA ENTRE LA REFLEXIÓN Y EL COMPROMISO

Al mirar en conjunto la vida de Manuel Antonio Baeza, aparece la figura de un intelectual profundamente humanista, atravesado por experiencias históricas intensas –la efervescencia política de los años 70, el exilio académico en Francia, las transiciones latinoamericanas, los cambios culturales contemporáneos– y, al mismo tiempo, por escenas cotidianas muy concretas: una abuela que le enseña a leer en Valparaíso, la cocina que no podía pisar, los juegos de palomilla, las aulas de colegio de curas, el liceo público donde se politiza, los debates estudiantiles, las bibliotecas parisinas, el campus de la UdeC bajo la lluvia penquista.

Su biografía podría leerse como la historia de un desplazamiento continuo entre lugares y escalas:

- del barrio al mundo,
- de la experiencia íntima a la reflexión teórica,
- de la contingencia política a la conceptualización sociológica,
- de la fe a la crítica y de la crítica a nuevas búsquedas éticas.

En todo ese recorrido, se mantiene un hilo conductor: la convicción de que no se puede ser indiferente al sufrimiento, a la pobreza, a la explotación, de que la reflexión social debe ser también un modo de cuidar la vida, de devolverle dignidad a las experiencias humanas.

Por eso, cuando resume su propia vida universitaria en la Universidad de Concepción, lo hace en términos que mezclan gratitud, lucidez y compromiso. Su historia es la de alguien que, habiendo nacido dos veces – en Santiago biológicamente y en Valparaíso a la conciencia–, ha encontrado en la UdeC un tercer nacimiento simbólico: el de una vida académica plena, puesta al servicio de comprender los imaginarios que nos habitan y de preservar, en un rincón del sur de Chile, ese espacio imprescindible que él reconoce como el desarrollo libre del espíritu.

**Directora Radio UdeC**

Paz Moraga Sabaj

**Investigación**

Bárbara Troncoso Romero

**Texto**

Bárbara Troncoso Romero

**Edición y diseño**

Paz Moraga Sabaj